

---

---

## PREFACIO DEL TRADUCTOR

---

**S**I la tragedia inmortal, que tuvo su epílogo en el Calvario, nos arrebató y envuelve en sus ráfagas sangrientas de duelo y horrores, malgrado los diez y ocho siglos que nos separan de ese eclipse de la razón humana, de ese momento, en que plugo torcidamente á un pueblo, sin poesía, sin virtudes, sin grandeza, todo servil oprobio é intelectual miseria, arrojar con la perpetración de ese crimen, único en la

historia del hombre por su magnitud monstruosa, una responsabilidad incomprensible. pero que acepta la honrada conciencia cristiana, no menos, ni con débiles rayos nos embargan en su irresistible fuerza de atracción, que siempre ejercerán poderosos sobre los corazones que aman á Cristo, los ya tan apartados de nosotros, días de prueba para el cristianismo.

Las gotas carminosas de sangre que las espinas brotar hicieron de la frente augusta de Jesús, cayeron como una maldición abrumadora, implacable, sobre las generaciones, que en tropiezo constante con el error, se destruían unas á las otras, en espantosas luchas por el reino de la muerte. Duélese el historiador hojeando esas páginas de ceguera y sollozos, en que los purísimos rayos del Evangelio eran rehusados por las almas, en que sus verdades de justicia y de razón para ser aceptadas, necesitaban jexigencia lamentable! la hoguera y el suplicio en todas sus horrendas formas.

Esa sangre vertida hasta el derroche en las arenas de los circos romanos; ese hacinamiento de hosamentas humanas, que llevan la huella, puesta allí, por el hierro del tormento ó por la garra de las bestias salvajes,

habitadoras un día de las selvas ardientes del Africa; esas almas, huyendo sorprendidas de los cuerpos convulsos, palpitantes, en las agonías espantables, que no caben ya más que en el sueño; crueldades tocando al *summun* en el dolor al nervio, al *summun* en el dolor al espíritu; ese amontonamiento inmenso de hechos y palabras. llevándose los unos toda la luz dada á la heroicidad en las deslumbradoras apariciones del sacrificio y teniendo las otras, al *verbo* misterioso, que se estremece alado en la profundidad, que hay en todas esas revelaciones esas profecías en esos himnos, en esas plegarias, en esas oraciones en donde está la dilatación de yo no sé qué alientos del Infinito!

Esos sangrientos y de luto llenos, combates y conquistas; esas llamas de incendios y de hornazas en que el hombre servía de combustible; esas purezas y castidades indomables, no cediendo al apetito infame, ni aún bajo el plomo ígneo, corriendo por las carnes, y devorando los vientres abiertos por el odio y la rabia de la impotencia; esas leyendas de enormes resplandores, escritas por la pluma de cinco siglos, que han llevado en ellos lo más grande que tiene la humanidad en su batallar gigantesco y cuyas

proporciones vastísimas, empiezan en esa execrable cima que se llama Gólgota, para abrazar en todos los pueblos y á todos los hombres en inmensa red de felicidad ambicionada; todas estas inacabables, bellísimas tradiciones; todo este conjunto heroico de sacrificios, flotará insumergible para siempre en el océano de los tiempos.

Personificando por un momento á ese pasado, se diría que tiene el aspecto sombrío, inquieto, como si apareciera pronto á herir de nuevo al mónstruo de la impiedad y de nuevo á luchar y vencer; ese pasado, torna á lanzar desde su tumba gritos de alarma oídos por muy pocos, porque la blasfemia los ahoga para los demás en estruendosa carcajada, con eco prolongado en la hora de las supremas formidables apariciones.

¡Cómo ante la insensata faz del extravío humano, ese pasado se efrece inútil y existe sólo en la historia y su imperio y su verdad y su calor de vida perdidos, parecen ser, y la esperanza y también con ella la fé, levantándose como una hostia sacrosanta en las claridades vivísimas de la eterna serenidad del cristianismo, amenazan desaparecer, legándonos tan sólo un puñado de blanquecidas cenizas, que fueron sus már-

tires, y un montón de ennegrecidas piedras que fueron sus altares!

El olvido, como un despojador de encrucijadas, pretende arrebatarse las adoradas creencias y abandonarla como pestilentes desechos en el estercolero del oñioso indiferentismo; todo lo que hicieron, todo lo que sufrieron por el amor á Cristo esos seres que forman el glorioso aparte del catolicismo, perdido será y su recuerdo, cuando no enojoso importuno ¿será preciso declarar que se engañaron y compadecer su torpeza y condolernos sobre su ignorancia y torcido juicio? ¿Y había de reemplazar á la purísima imagen del cielo en nuestra pupila la imagen desolante de una tumba sin mañana? ¿Porque en su cólera así lo grita en nuestros oídos una secta filosófica bastarda y árida ó lo murmura bajamente en su tibieza un grupo de sectas indignas? ¿Porque ese persiguidor de quimeras, habitante vez alguna de lúgubre celda en Charentón, cuyo edificio de positibismo con árrimos de Fourrier y de Lettré, caer hiciera la sombra de sus muros sobre el resplandor de esa poesía divina de inmortalidades y justicias sobrehumanas? ¿Porque la demencia de las coronas con sus crímenes, y la demencia de las filosofías con sus errores

sombra tambien pusieron sobre la estela luminosisima que dejaron los pasos del Mesías sobre la tierra? ¿Porque desde el solitario de Ferney, ese talento todo sarcasmo y éxito, hasta Strauss, ese disecador tenebroso y oblicuo de los Evangelios, las generaciones han vacilado y robustecido tristemente, tristemente los esfuerzos de los enciclopedistas, con la sonrisa de aprobacion con la cual los acogen esos singulares creyentes contemporizado es con sus dudas porque así acallan al remordimiento, porque así destierran de sus acciones lo irresponsable y gozan libres en la impunidad de sus maldades que les traen con que pagar la satisfaccion en sus variadísimas formas de lujuria y placer á sus sentidos porque estos y otros más siguen turbias sus facultades; asidos, en prolongado y revuelto enraizamiento al solaz y deleite y holganza obligados muy á su sabor á retroceder y el paso volver atrás y atrás, porque no creen, porque se tambalean beodos de sofismas, porque aman más besar de rodillas el tibio torso de sus cortesanas que la fria losa de la tumba de Jesucristo!

Porque á los ejércitos conducidos por San Luis y Bayardo, ha substituido un librito de bolsillo que les hace mirar de reojo ese mis-

terio hondísimo, delante del cual se arrodillaron Monarcas de la talla de Carlo Magno. Papas como Gregorio, artistas como Miguel Angel, genios como Descartes y santos como Francisco de Asís; debemos exclamar que el cristianismo toca á su ocaso.

Es verdad que nuestro gran siglo legará asombro y pasmo á las futuras edades, que en su avidez, por conocerlo todo, por saberlo todo, vá é interroga con la misma audacia al cerebro humano en sus manifestaciones hondamente psíquicas y no desmaya en su afán burlado; muchas veces penetrando su investigación formidable, lo mismo en los abrasados soles que gravitan majestuosos en las ignoradas regiones del Eter, como en las profundidades biológicas de la vida orgánica.

Sorprende su secreto al ayer de la humanidad bajo las capas carboníferas de Neanderthal, y su secreto también al génesis zoológico, en los despojos ósicos, informes del fósil, esa página en blanco para todos los sabios anteriores á Cuvier, en donde lee con claridad que estremece, los orígenes y primeras transformaciones en la inconcebible existencia animal en apartados tiempos que registra la geología.

Con la misma rudeza manosea y aísla, escudriña ó desecha las terribles fuerzas que están en los elementos como las creencias, las tradiciones, las ideas, los sentimientos que están en el corazón de todos los pueblos.

Su lógica es extraordinaria, como suya. . .  
Dá vértigo seguirlo en su marcha con más agitación y presura que tienen esos viajeros de órbitas incommensurables que se llaman cometas; con la misma exactitud pesa en la balanza de su cálculo, los mundos en los azules espacios de los cielos, como la cantidad de alma que contienen los cerebros.

Tiene frases que son otros tantos Sésamos para abrir las muradas puertas de lo desconocido.

Tienen la misma sonrisa para despojar al ideal más hermoso, á la pasión más noble de los corazones, al amor de su espléndida vestidura, obligando á admitir la desnudez horrible de la célula, como asimismo para hacer al hombre invulnerable contra los contagios mortales y devastadoras epidemias.

Su silogismo es invencible, formulado por su rigurosa experimentación científica.

A veces sus audacias tienen en su registro la respuesta afirmativa del intento, co-

mo sus respetos señalan su impotencia para lo inapoderable

Su fuerza ascensional tiene una cadena, el destino.

A veces sus vacilaciones delatan su imperfección.

Su obra es de progreso, pero también de desórden.

Su desprecio por el ideal encontrará un obstáculo, su inmortalidad.

Nutre rebeldías de vasallaje imposible.

Ahonda abismos que no puede colmar,  
No admitiendo utopías, sus realidades son desastrosas; en sus ambiciones es malvado.

Quiere igualar en su natural maravilla, al engranaje cósmico de imperceptible ruido y movimiento; y de ahí el delirio de su mecánica admirable.

Intentando el engrane social, por  $a + b$ , surge la profunda desorganización de las sociedades; una máquina obedece al hombre, un pueblo obedece á Dios.

Sufre antesalas humillantes delante de dos Antros iniluminables, la cuna y la tumba; á su interrogación sólo está la faz insondable del vientre materno, ese primer misterio de la vida del hombre y el mutismo

irrompible de la eterna exfinge del abismo con el *rictus* del cráneo, ese espantoso sarcasmo.

Los muertos sólo tienen derecho á la sorpresa sideral del Infinito, y sus escavaciones importunas, sólo obtienen el *bostezo formidable de la sombra*, porque la huesa es la prolongación sin término de una duda.

Ninguna desnudez que haga estremecernos más hondamente como la del esqueleto humano al descubrirlo en posición de sueño, en el fondo negro y húmedo del ataúd; ese nivelamiento desolante con los seres más innobles del mundo orgánico, ese olvido de más en más, profundo sobre lo que fuera con Platón, con Newton, hace pasar sobre nuestras frentes como una ráfaga helada, de ahí su estupor porque lleva en ella esta palabra aquí de vastas proporciones, desprecio!

Jamás se apoderará del por qué, de su existencia en los dos símbolos de un poder extraordinariamente misterioso, la matriz que produce y el sepulcro que devora.

Entre sus obras maestras ninguna más hermosa como la donación á sus hijos de la luz de ese astro sin ocaso que se llama libertad y cuya ausencia es señalada por la abyec-

ta sombra que, semejante al polvo de la muerte, se posa sobre la dignidad de un pueblo; la libertad, esa deidad cuyo índice rígido, extendido, señalará siempre en el camino del progreso el Oriente; esa deidad que tiene el soplo impulsador para las alas del condor en los espacios inaccesibles del aire y el soplo impulsador del sublime en las elevadas regiones intelectuales; que es luz, toda luz; que es verdad, toda verdad; que es sobria de elogios y cuando la incensan tiene el supremo levantamiento olímpico del labio inferior con pudores inviolables que la historia entreveé apenas, con asientos en los picos más elevados de las montañas donde anidan las águilas y en los desiertos donde están los leones, que tiene frases y acentos y gritos que son todo un poema, con serenidades que tienen la misma grave tranquilidad del lago Léman; cuyas severidades tocan al filicidio y cuyos sacrificios son hasta el olvido de los afectos más poderosamente arraigados en las almas con ferocidades, extravíos y violencias que aún en medio de abrumadoras acusaciones revisten el aspecto tranquilo de las grandes justicias; privando en su derecho absolutos que estremecen encuentra sus excusas en paralelos de una equidad sorpren-

dente. Las miradas de esa deidad tórnanse sin enojo para campos que se llamaron Platea y Salamina y para frentes llevadas por Pausanias y Botzaris.

Nuestro siglo, afirmándola graníticamente en su sólio de derechos y prerrogativas para el talento y la virtud, reconoce que Jesucristo con la pureza de su doctrina, dióle una nueva fuerza de que el paganismo la privara, la fuerza del convencimiento y por ello admite que la cruz tiene tantas auroras como su grandeza ostenta.

La obra de Jesucristo lo alcanzará inmensa, porque en el árbol de sus más opimos frutos, estará siempre la savia de su moral incorruptible, y porque en el fondo de todos sus hallazgos, de todos sus inventos, de todos sus esfuerzos, se encuentra, inequívocable, el bien por la humanidad.

La caridad bajo las formas más radiosas, como las más simples, lo distinguirá, intocable, de los tiempos todos que le han precedido en la vida del hombre.

La imposición á sus hijos, del ejercicio de esta virtud sagrada, es uno de sus más bellos triunfos.

Cumplir como bueno ese legado del Nazareno inmortal, es una de las fases de su hon-

radez, que así lo verifica de un modo tan benéficamente diverso que cual lo hicieran los siglos anteriores á él, tomando en haces á puñados, todos los secretos que robara á la naturaleza misma en momentos de inadvertida confianza que arrancara con todo el aspecto de una violación y llevados entonces al laboratorio de su espíritu en donde tomando por firme base á la observación y por testigo al exámen y allógico análisis y después de esfuerzos violentísimos para descubrir sin más esfuerzos que la fuerza psíquica lo más profundamente misterioso en la producción del fenómeno, derramando á torrentes la luz para las pupilas de las almas como lo hace el sol para las pupilas de nuestros ojos, formando en su extraordinario movimiento, séres extraños, de enflaquecidos cuerpos, en cuyos cerebros se abriga agitados sin descanso la insaciable avidéz del descubrimiento que jamás hace abandonar á esos singulares espías de la vida de nuestro planeta, que comparo semejantes á buzos del infinito en pos de lo ignorado, enderezando todo cuanto de verdad encuentra para alimentar esa llama enorme de la tñea que en su mano lleva la civilización.

El abre los antros del saber para los ham-

brientos de ciencia; ciega las simas de las tiranías para los famélicos de derechos y ahonda los abismos de la sombra para todos los que interrogan el secreto de la huesa.

La caridad es una triple deidad.

La limosna tiene su jerarquía; su primer paso es el óbolo, el último se llama altruismo.

El más simple rasgo de desinterés, como el más grande de los sacrificios, tienen en el fondo sus relativas grandezas; de esto nace su lucha por hacer una igualdad en la producción, en las espontaneidades del beneficio.

El cincel magistral de Buonarrotti, esculpiendo la piedad, y con esa maravilla escultural dando la lección postrera de la belleza romano-helénica, en el conjunto de líneas, en la vida toda que respira, que palpita, que se estremece en ese grupo, por siempre admirable, y la pluma del proscrito de Ginebra, trazando las tempestuosas páginas del Contrato; el uno, así: apartando victorioso al ideal de la vil arcilla, que en repugnante adherencia amenazaba ocultarlo, y el otro al igual de Prometeo, formulando el credo eterno de la libertad!

El grito de ese monje, todo estenuación,

flacura y lástima; pero llevando en su pupila profunda, no sé qué rojizos resplandores de un sol que se levanta, pasando cual fantasma por la celda de un convento, con bruscas detenciones á veces, y después con apresuramientos bruscos, llevando esa vaguedad de contornos que son como los esbozos de las grandes figuras históricas en aquellos que son elegidos para ejecutar las grandes cosas en las grandes misiones sobre la tierra.

El libro de ese solitario, que en mal alumbrada celda, y bajo la capucha de su roído hábito oculta empeñosamente la cabeza, cuyo cerebro recibe todos los choques, todos los encuentros terribles con los cuales le sacude en tempestad desecha la duda á hachazos, hiriendo de muerte, sus vacilaciones y respetos; apareciendo por intervalos en sus anchas pupilas las llamaradas del genio; y arrojado en medio de los fanatismos, de las supersticiones, de los rabiosos errores que semejantes á las anillosas serpientes ó á las torcidas trombas, le rodean, silban, amenazan y vierten su aliento de veneno y odio en el rayo formidable de su palabra, derribando al empuje de esa fuerza, á las tiranías, las usurpaciones, los empeños



de un pasado con sus feudos, con sus siervos, esclavos y señores. Todos estos servicios prestados á los pueblos por esas águilas unidas al carro del porvenir, cómo obligan á la gratitud y sin embargo, él, nuestro siglo, no los envidia; y parodiando al corso audaz en Postdam, puede exclamar: "tengo los míos."

Qué importa el nombre con el cual se señale el beneficio; el pan llevado á los estómagos está en el mismo paralelo que el pan llevado á las inteligencias.

Una existencia salvada tiene la misma cantidad de heroísmo que la acción del tribuno Virginio.

El calendario de los benefactores de la humanidad no rehusa jamás la inscripción de un nombre.

En el sacrificio no existen segundos términos; en su registro, nuestro siglo tiene un índice, que siguiéndolo señalará esta palabra: inmortalidad.

A veces están opacos, oscurecidos por una sombra odiosa, imposible de arrancárles, la *recompensa*.

Otros conservan el mismo brillo purísimo con más luz que las auroras tienen en los rincones del apartado Polo; por eso la vacilación delante de una miseria cualquier-

ra, aún por la más justa de las reflexiones, amortigua el brillo de su aureola.

El puñal de Bruto en Filipo, el suplicio de Rienzi, la hoguera de Savonarola, fraternizan con el calvario en el mismo cadalso luminosísimo por la libertad.

Nuestro siglo, despreciando la impía tarea de un odio inútil, se inclina orgulloso delante de la vida, toda sacrificio para el bien humano de aquél que en la historia de los benefactores citados, aparecerá para siempre en primer término.

¡Qué importa un puñado de miopes, de inteligencia y de cerebros áridos para los levantados sentimientos, repitiendo lo que en obras vulgarísimas leyeran en contra de esa imagen bañada de luz, de esa visión toda resplandores, de ese inapoderable en su misterio; sublime fundador del cristianismo!

Nuestro siglo no se cuida de esa turba; continúa su marcha como Dante, diciendo: "non ragioniam da lor maguarda e passa."

La revolución, difícil de estudiar todavía, que ha comprendido en su seno todo cuanto el hombre puede abarcar y que es propio á nuestro siglo, á llevado sobre Jesucristo su examen con esa violentísima

percepción propia de su genio; y sin investigaciones dilatadas, ni consultas, ni torpes tanteamientos, puso firmeza ya invacilable en el pedestal granítico que le sostiene, con esta declaración simple y grande como todo lo suyo: más alto que Sócrates y Platón con su doctrina, salvó al mundo de una transformación más temible que la del caos verificada por los bárbaros; la desaparición de las almas en la noche de la extinción de la conciencia; es el acreedor de nuestra grandeza porque repara en la moral, cuyas raíces están en el campo que él preparara con la enseñanza de sus divinales preceptos torcidamente adulterados, veces tan repetidas.

No debemos nunca desterrar de la memoria este hecho, que los acusadores del cataclismo se han erguido contra los extraviados de los preceptos evangélicos, contra los que abusaran de ese imperio que reconoce su origen en ellos, dominando absoluto sobre Europa diez y ocho siglos, y no volviendo su severidad contra Jesucristo á quien consideran y debe considerarse siempre el irresponsable de todos los actos oblicuos de la pasión salvaje, en todas sus demostraciones detestables de poder, oro y venganzas.

Jesucristo otrécese tan puro en la nube desaparecida de la profecía, como en la página legendaria de su suntuosa, por la virtud, vida de amor y de sacrificio.

La injuria que por el pueblo rabino lanzada, fuera á la faz augusta y serena del Redentor, está tan lejos de él, como todas las que se han repetido lanzadas por hombres no menos insensatos que los hijos de esas infelices comarcas.

Jesús pasará siempre sin examen y sin sospecha, por todos los vapores de sangre que se levantan en ese pasado en que el puñal de los reyes, la espada de los conquistadores y el hacha de los verdugos, aparecen como las deidades infernales de no sé qué trilogía horrenda de la muerte.

Los ayes en los patíbulos, en los campos, en los templos, en donde se cegara la vida en combate por esos principios, con más abundancia y prontitud que las hoces en los sembrados con las maduradas espigas; esos ayes que imploran justicia, no llevan consigo rencor para Jesús, quien inocente de crimen tanto, los oye y dice:—sirviéndome de una expresión del egregio poeta francés—“*¡y no mirais los clavos que atraviesan mis manos!*”

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Acompaño al historiador Laurent por algún tiempo cuando juzga la misión de Jesucristo prehitada, es decir, prevista y de antemano preparada para arrestar el torrente asolador de las hordas del Norte vomitadas por ignoradas bocas en espantosa confusión y demencia de exterminio, confirmando lo que Isaías expresara cuatrocientos años antes del reinado de Herodes y lo que por los labios del mismo Jesús se produjera, apareciendo el cumplimiento de esa misión tan profunda, tan cósmica en las magnitudes de la idea, tan extrahumana bajo ciertos aspectos de obligación al vasallaje, aún en los elementos mismos de lo inconsciente, que dominado por un vago estremecimiento de lo desconocido, se confiesa gustoso, en atento estudio sobre esa misión cuya talla sobrepasa á las más grandes de la tierra, razón tuvieron para deificarle porque debe ser así.

Los cambios, las inovaciones, las disputas, las interpretaciones más ó menos audaces, los concilios tumultuosos, las amenazas, los terrores y las torpezas de todo género, crearon debilidad en el catolicismo, surgiendo pálida en la mitad ya del siglo trece, pero no pusieron ni la más ligera bruma sobre la áurea imagen del Salvador, porque—insisto

en ello—jamás gravitará la oleada negra de la responsabilidad sobre su doctrina, en la cual no existe ni una sola máxima que no sea honradísima y perfectamente moral y bienhechora.

El simple hecho de morir por la libertad ya lo hace sagrado

El haber llevado á seguro puerto la barca de la civilización que naufragaba en el mar de la barbarie, lo hace sideralmente invulnerable.

La redención de la mujer, ese hermosísimo prodigio de la creación inmensa, lo presenta á la gratitud y respeto humanos entre los apóstoles del bien, alzándose entre ellos, á semejanza del majestuoso Guaysancaguar en la cordillera del indico Himalaya . . . . .

Lo que breve y disaliñadamente acabo de apuntar en las anteriores líneas, Victor Hugo lo expresa con esa sencillez sublime que llevan sus pensamientos propios de su génio á veces en su desnudez conmovedora y otras con ese lujo de *draperie* veronesca sin tocar nunca la ampulosidad gongórica tan abrumadora cuando se abusa de ella.

Hacer originales, asuntos tan estudiados y cuadros y personajes y escenas que han pasado repetidamente bajo plumas maestras.

era empresa sólo para su magnífico talento, saliendo no sólo triunfante de ella sino con un éxito más allá de lo que pedirsele hubiera podido.

Facilmente se olvida al poeta delante del pensador y siendo tan grande en la poesía lo es más, mucho más en el campo del pensamiento.

Para mí tengo que se halla sin rivales, comprendiendo con todos los helenos y romanos, Shakespeare al inglés. No me juzgarán lejos de la verdad los que son capaces de manejar á esos colosos de la idea, y malgrado el mezquino apóstrofo hijo de la envidia de esa pobre figura literaria que lo sustituyera en la Academia no sólo será el gran francés sino que pasará á la posteridad como el poeta más grande que ha producido el mundo.

Sírvame la admiración que en mí se abrigará siempre por el autor de la Epopeya del Gusano para escudar mi atrevimiento al ofrecer al público esta traducción, en la cual he procurado conservar intacto el pensamiento tal como saliera del molde intelectual de Victor Hugo, sacrificando en parte como se observará la forma castiza para darle en cambio á ciertas voces francesas, en equivalencia al menos, la energía salvaje, la ternura

arrulladora ó la profundidad de la imágen que para los conocedores de los dos idiomas tienen, literariamente hablando, bien entendido.

Puede ser que me equivoque, pero sospecho que es la primera traducción que de esta obra se hace al castellano y si esto sucediera, aumentaría al saber que fué recibida con benevolencia, perdonando las faltas que hallarse deben, el natural goce del traductor.

Para terminar, diré: que llevado por la vehemencia de mi amor á Cristo y á la libertad y también por el torrente de la historia, tal vez en el curso de este Prefacio haya puesto algunas palabras que la intención torcida haría aparecer en un sentido que yo nunca puse en ellas; rechazo por lo tanto toda interpretación odiosa que dársele quieran á mis pensamientos, declarando que todos llevan consigo la pureza de mis intenciones.

---